

CLAUDIO SOLAR

Canto ritual del sur

I

Soy sureño, me canta esta luz de vacío,
 soy el grito golpeando contra las cumbres
 donde las piedras sueñan con austral soni-
 [altas
 [do
 y los cipreses cónicos su índice adelantan.
 Vengo de todas partes, de la antártida tie-
 [rra
 donde los hombres tienen consistencia de
 [cumbres
 o de rocas con verdes colores sollozado.
 El helecho y la rosa con contornos de fies-
 [ta
 sobre la cordillera lirio gris y morado;
 y los potros sonando sobre praderas am-
 [plias
 la canción de los cascos salpicados de plata.

II

Vengo desde la tierra donde el sol se decli-
 [na
 y hasta las voces tienen sabor de hoja mo-
 [jada,
 de ciprés y de lirio cortado en cuatro cruces
 hacia los litorales donde el agua se duerme.
 ¡Qué raigambre de rocas, que columnas de
 [tiempo;

en largos atalayas los veo siempre arguirse
 con pájaros de agua lamiéndole las playas
 y eternos centinelas, arañando sus costas!
 Con la jibia y la ostra, pureza milenaria,
 con su olor de salobre índice azul y plata,
 verdeando entre los recios confines de las
 [olas,
 mientras cabalga el cielo sobre una nube
 [parda.

III

Una noche cualquiera, cuando el viento
 [me sueñe,
 y piense que he dormido en la palma de un
 [roble,
 vendré con caracoles dulcemente llovidos
 sobre los techos rotos de las viejas mansio-
 [nes.
 Espiral del camino y una cruz en el cielo,
 por ellos va mi ruta; marino de tus ojos
 seré mientras me sopla el oído de la tarde
 con plurales de lluvia y sol obscuro y ciego.
 Vendré, como el camino, desde la cordille-
 [ra
 golpendo con el río sobre cantos y perlas,
 con el balido puro de las bestias de cargas,
 llevándote en el pecho como rosa una estre-
 [lla.

Rapsodia para la Vida del Hombre. Imprenta
 Index. Angol, 1950.

SAMUEL A. LILLO

El roce

Selva de mi patria amada
 bajo cuya amplia enramada
 tantas veces me dormí,
 tras la quietud y el descanso
 que me brindó tu remanso,
 otra vez vuelvo hacia ti.

¿En dónde están la verdura,
 las sombras y la frescura
 de tu encantado vergel?
 Lo saben las ígneas rachas
 y los filos de las hachas
 que te golpearon ayer.

¡Oh! Bosques de la frontera
 que bordabas la ribera

del legendario Imperial,
 bosque amigo, ya no subes
 a besar las blancas nubes
 con tu cúpula triunfal.

Y tú, rey de la montaña,
 oh, río, río viste sin saña
 tu selva desaparecer,
 sin desbordar tus corrientes
 sobre las llamas ardientes
 que te abrasaban los pies.

Y hoy, de nuevo, en lontananza,
 el roce surge y avanza
 sobre el último torreón
 que le opone todavía

la salvaje serranía
donde nunca penetró.

¿Quién su cólera domina
cuando sube la colina
en chispeadora espiral,
o baja por la pendiente
como una avenida hirviente
que salta sobre el jaral?

Corre con loca presteza
sobre el musgo y la maleza
y estalla en el matorral,
incendiando los breñales
y los rojos copihuales
con sonoro crepitar.

En vano en el bosque umbrío,
quiere oponerse a su brío
el espeso robledal
con las soberbias murallas
de sus troncos y sus vallas
de quilas y de zarzal.

El monstruo llega y devora
la quila y la trepadora
que sus redes le tendió;
y luego alza formidables
sus cien lenguas insaciables
hacia la alta ramazón.

Y sus vivas llamaradas,
como serpientes airadas,
subiendo a los troncos van,
y al llegar arriba, presto
cambian cada roble enhiesto
en un rojo luminar.

Salta del hondo bosqueja,
erizado su pelaje

de miedo y cólera un león
que, dando roncós bufidos
entre los troncos prendidos,
pasa como una visión.

Bambolean los colosos
del monte a los ardorosos
golpes del ígneo turbión;
los más viejos van cayendo
llenando el bosque de estruendo,
cual si pasara un ciclón.

Torbellinos de humos denso
que semejan el inmenso
resoplido de un volcán
que bosteza hacia la altura
van marcando en la espesura
la caída de un titán.

Cuando al fin se extingue el fuego,
indiferente, el labriego
mira el muerto robledal,
que, con sus troncos quemados,
cual negros brazos crispados,
parece al cielo clamar.

Las aves, sin el amigo
que les dio sombra y abrigo,
se van para no volver:
y no hay sobre el yermo ardiente
ni un zorzal ni una doliente
torcaza de rojos pies.

Y allá abajo, en la quebrada
desnuda y abandonada,
bajo el sol canicular,
agotada ya su vena,
sobre la cálida arena,
muere el claro manantial.

GUILLERMO QUIÑONES

Primavera en Valparaíso

A PEDRO TURINA

Del guano de los establos moscos de ver-
fiesta de doncellas tristes para las moscas
Ámanse las carcomas en las maderas tibias,
Agriétanse las murallas, rómpense las co-
[de peto,
[de negras patas.
[fragantes a mosto viejo.
[rolas, estallan las pulpas ácidas.

Los insectos, niños traviesos, sacrifican alas
Tiempo de púrpura y polen, de embria-
Tiempo en que las manos marchitan todos
y rasgan todas las sedas aromadas a incien-
[nocturnas.
[guez y de sollozo.
[los rasos
[so, mar y nardo.